

MATAR LA MUERTE

Gilou García Reinoso.

Primeras jornadas de Salud Mental, por APDH. Teatro San Martín, Bs. As. 1984

Publicado en la Revista Psyché. Nro. 1. Bs. As. Año 1986.

La dictadura militar toma nuevamente el poder en Argentina en marzo de 1976. Ejerce durante siete años una represión feroz, haciendo uso de un procedimiento tristemente original: la desaparición de personas.

Nos ocuparemos aquí de los efectos de este procedimiento terrorista en cuanto a la dimensión de lo psíquico. Más allá del orden de la responsabilidad criminal y del orden de la justicia, al cual forzosamente remite, es posible encarar este procedimiento y hacer su análisis, *como tentativa omnipotente de aniquilar el símbolo*, por el que el sujeto halla su estructura en tanto humano, inscripto en el orden simbólico, ser de la cultura.

Intentaré aquí algunas articulaciones teóricas para una reflexión psicoanalítica acerca de los fundamentos y del alcance subjetivo de este siniestro procedimiento del ejercicio de un poder que se desea absoluto.

En tanto psicoanalistas, el hecho no puede dejarnos indiferentes, es más, el psicoanálisis mismo tiene algo que decir aquí. Existe una ética del psicoanálisis que nos permite contribuir a esclarecer sus consecuencias nefastas en cuanto al sujeto humano, en la dimensión de lo psíquico.

Los estudios freudianos acerca de la transferencia, la hipnosis, la sugestión, la psicología de los grupos, y las instituciones sociales, así como el problema del fetichismo, constituyen las bases teóricas indispensables para este trabajo, es decir para *estudiar la articulación del sujeto al poder*.¹

Nos queda entonces plantear una **articulación problemática** en cuanto a la *economía del deseo humano, eligiendo para hacer su análisis, dos ejes de la constitución subjetiva*:

¹ Pero que quede esto muy claro: **no hay reparación posible sino en el orden** de lo político y de lo social, **de la justicia**. La dimensión de lo psíquico debe entenderse como lo decía Platón: como la articulación dialéctica de las pasiones del alma y de la ciudad. El esclarecimiento del abuso y de las aberraciones de poder que éste ha pretendido borrar por medio de la desaparición de personas es una obligación de la **justicia**.

- **El lugar de la muerte** en tanto soporte de la estructuración del sujeto en el orden simbólico. Es decir, el lugar de la verdad (Freud dice: verdad de la castración).
- **La relación al otro (O)** por la cual el sujeto se constituye en alienación, a través de las identificaciones narcisistas.

La adhesión que el poder solicita y obtiene, toma su fundamento en la estructura misma del sujeto y las características del deseo humano. Se trata pues de trabajar **los fundamentos subjetivos del poder**.

El poder depende –en cuanto a su eficacia para establecerse y para sostenerse- del soporte que le provee la aceptación de la población.

Esto nos concierne a todos, pese a que la aceptación sea variable, - desde el silencio de terror hasta el consenso más abierto. No se trata de asumir una culpabilidad que corresponde a otros; pero es bueno reflexionar acerca de los riesgos del “no saber”. Es extremadamente difícil reconocer en uno mismo situaciones de las que tenemos vergüenza y aún horror.

¿Cuáles son los márgenes que el terror es incapaz de recubrir? ¿Hay alguna posibilidad de hacer uso creativo de estos márgenes en vez de rellenarlos por un terror o adhesión ciega?

Están las víctimas directas del terrorismo de Estado –y les rendimos homenaje -; pero también está el conjunto de la población que no se menciona como habiendo sido afectada de manera directa; que no presenta síntomas; es decir que no se presenta a la consulta.

¿Cuáles han sido sin embargo para cada uno y para todos las consecuencias y el precio de este ejercicio terrorista del poder?

Nuestra tesis es que *el procedimiento de la desaparición de personas es una amenaza de “des-estructuración” subjetiva lo que equivaldría a una muerte psíquica.*

El ciudadano que (se) adhiere al Poder- insistimos ya sea por el terror o por el consenso- y sobre todo aquel que “acepta” el procedimiento de la **desaparición**, es víctima él también del poder absoluto. **Es alcanzado en el núcleo mismo de su constitución**, forjándose de esta manera la ilusión de un yo “autónomo”, pagará un alto precio y se empobrecerá en su ser y en su creatividad. Veremos más adelante cómo la demanda (“de orden, de compensaciones”) toma el lugar del deseo.

He dado por título a este trabajo “MATAR LA MUERTE”.

Fórmula omnipotente que podría ser la fórmula de la omnipotencia de *un Poder* soberbio y absoluto *que pretendió ser dueño no sólo de la vida sino también de la muerte* de los ciudadanos.

La desaparición de personas es una tentativa de la dictadura de afirmarse por el terror y el silencio.

Más aún –y es una de las tesis que sostiene este trabajo- obtiene gran parte de su poder de la fascinación que, paradójicamente, el terror y la omnipotencia del poder suscitan. En efecto, **el Poder** - real por sus efectos destructivos- *es sostenido en tanto poder absoluto no sólo por la fuerza de las armas, lo es también por la creencia* de cada uno en su absolutismo. Decía Gramsci que coerción y consenso son las armas del poder de dominación para reproducirse. Su eficacia mayor reposa sobre esta creencia: *poder imaginario, sostenido como poder real y absoluto por el consenso explícito o implícito que se le otorgue.*

Este absolutismo es pues doblemente mortífero:

- **Por un lado** *da muerte* de la manera más atroz en la impunidad; declarándose único amo de la justicia y de la ley legitima su criminalidad. *Se erige construyendo la ficción –que impone como verdad- de un poder omnipotente.* Y más aún suprime la existencia humana en sus **dos vertientes**: de un solo golpe la *vida y la muerte*. Reduce pues **a la nada** aquellos que designó, y define por su sola designación y por la acción misma que ejerce contra ellos, como sus “enemigos de guerra”. Modelo de genocidio: *definición de un grupo humano para ser aniquilado.*

Discurso paranoico que no reconoce ningún límite a su acción: afirmación y Omnipotencia.

- **Por otro lado** *exige el consenso* de la población, pues es de éste que se sostiene en tanto poder absoluto. Si lo logra, ejerce sobre aquel que lo sostiene, una acción tan deletérea como aquella que obtiene por las armas.

Así pues:

Del lado de lo social: fetichización del poder y eficacia real.

Del lado del sujeto: está el precio que se pagará, en el orden de la subjetividad al discurso de la omnipotencia y a la veneración de los fetiches². Si el procedimiento no

² Sigmund Freud: “Cuando el trono y el altar corren peligro el sujeto entra en pánico como cuando lo amenaza la castración”. Exige los fetiches.

encuentra límite, la tentativa opera una destrucción en el núcleo mismo de la constitución subjetiva.

Insistiremos sobre el procedimiento de la “desaparición”: éste hace que el daño amenace el conjunto de la población: *su campo de mayor riesgo y de eficacia mayor, es **el campo de lo simbólico***, soporte de nuestra vida en tanto humana.

Son hechos de estructura sobre los cuales planteamos esta tesis: en efecto, el sujeto humano está expuesto, por su constitución misma, a caer en la trampa que el poder absoluto le tiende.

Veamos esto:

Del lado del sujeto *El niño nacerá a la humanidad, a la condición de sujeto hablante, por una falla constituyente que, al mismo tiempo que lo quiebra, lo constituye como sujeto de lo simbólico. **Sujeto dividido** impulsado incesantemente a buscar nuevos caminos a su deseo.*

Por la inmadurez primigenia y por la omnipotencia del otro (O primigenio), en el lugar del otro (O) donde se constituye, *el sujeto* construye su demanda en tanto demanda de absoluto: demanda al otro(O), que lo marca con (en) su deseo y *se constituirá como “deseo del Otro”*

Del lado de lo social: El poder se ofrece a él como orden sin fallas- poder absoluto y feroz, como el super yo- con el que es propenso a *identificarse en relación narcisista*: propenso a adherirse a este Otro en el cual delega un ideal del yo, o mejor un YO ideal de omnipotencia³. Expuesto, dijo Lacan, a: adorar “dioses oscuros” o, como dice Pierre Legendre, a responder a la “función dogmática del poder”⁴

Ciego y sordo en su fascinación, el ciudadano dará su acuerdo: *dirá: “Hay que poner en orden esto, hace falta una “mano firme”*. O bien, -y esto es lo más frecuente- desconocerá la gravedad de lo que sucede. Los mejores dirán más tarde (cuando el poder será desplazado): “no sabíamos nada, no podíamos saber”. O bien aún: “no queríamos saber, era necesario sobrevivir”...

Des-conocimiento, re-conocimiento...

Función del “moi”, función de des-conocimiento en la cual éste se constituye. (el “moi” es el yo instancia, no el yo sujeto). Freud decía: “Ellos no quieren saber de la realidad”.

³ Freud, Psicología de las masas.

Y para Freud, la realidad, es la realidad de la castración y de la muerte, condición estructurante del sujeto de la cultura, soporte edípico sobre el cual su existencia se articula.

Obligado el sujeto a renovar constantemente su deseo, acorralado por la pulsión y por la angustia, el sujeto tropieza en la culpabilidad y en la neurosis. “Neurosis de auto castigo –dirá Lacan, después de Freud-, con sus secuelas sociales y sus síntomas diversos”...

Advertencia importante, de pesado alcance ético: la alternativa del hombre es el sufrimiento y la marginalidad o bien la adaptación ciega y sorda; o, aún más, el silencio conformista o aterrorizado que ha de contribuir a sostener la tiranía.

Los procesos sociales hacen un llamado al amor para mantener la cohesión⁵. Y la contraparte, inseparable del amor, es la agresividad. En los procesos sociales que se presentan al sujeto en tanto oferta totalitaria en particular, es el odio hacia el grupo social que es “otro” el otro, lo otro, la alteridad.

Pero esto es también intrínseco a los procesos de normalización: el sujeto se aliena en las identificaciones, que, simultáneamente, son soporte del sujeto como deseante. Freud lo describe bien en el juego del niño: el juego del carretel. *Juego de presencia y ausencia, de aparición y desaparición*; juego por el que se constituyen **simultáneamente el sujeto y el símbolo**: la palabra – el “fort-da” del niño freudiano-

Paradójicamente, al mismo tiempo que la renuncia por la cual el niño domina su angustia, el deseo surge, cuya derivación hacia sustituciones sucesivas se ordenará en la cultura bajo formas diversas; “desde las más sublimes a las más abyectas”, dirá Freud, hablando del ideal del yo y del superyó.

El proceso de constitución subjetiva está lleno de riesgos.

Y el riesgo al que está expuesto el sujeto humano en cuanto a su relación al poder es grave: adherir al Poder es sostenerlo como absoluto: **hacerlo Tal**: *el Poder será efectivamente lo que pretende ser –un poder absoluto- en la medida en que se lo crea tal (creer y crear), en la medida en que su prepotencia encuentre sostén en la creencia en su omnipotencia.*

⁴ P. Legendre, El amor del censor.

⁵ Freud describe en “El malestar en la cultura” esta situación en otros términos que dan cuenta de otro aspecto de la adhesión al poder feroz: “*El yo se ha vuelto masoquista bajo la presión de un superyó sádico*”. Nos remite aquí al sentimiento de culpa inconsciente y a la necesidad de castigo. Es una línea fecunda que puede guiar una investigación paralela a la nuestra, entendiendo de esta manera el sometimiento de la población y el sacrificio de sus hijos por el Poder, como sacrificio por sentimiento inconsciente de culpa. Pensamos que esto interesa una gran parte de los hechos, pero hemos elegido otra vía para nuestra investigación, vía complementaria de la anterior y no excluyente.

El sujeto –el ciudadano- que se construye la ilusión de recibir la omnipotencia del otro (Otro), paradójicamente al mismo tiempo **la constituye**.

Si cree en ella, la crea.

Círculo vicioso, paradoja, drama y tragedia, alto precio que el sujeto humano –y los grupos sociales- pagan fácilmente por preservar sus creencias. Cae en la trampa, por la urgencia que tiene en restañar la herida que lo estructura como sujeto de lo simbólico, como sujeto deseante, expuesto a la angustia. El sujeto sería, sin embargo, por ésta su misma miseria constitutiva, también capaz de sublimación, capaz de inscribirse en una cultura que fuese diferente, en la cual los derechos de unos encontrarían su límite ahí, donde comienzan los derechos de los otros, del otro. Así se estructura a la vez el aparato psíquico y la inclusión en la cultura, con su correlato, el respeto de la ley como límite del poder, y sobre todo, como límite al Poder absoluto

“**Matar la muerte**”, hacer desaparecer la existencia humana, su vida y su muerte, -la del otro mi semejante, mi otro-, ¿o bien la mía también?...

Tentativa siniestra de suprimir ese límite que los derechos del otro, y su existencia misma, impone como condición de la propia vida.

Límite por el cual el sujeto se halla estructurado en tanto humano en el orden del lenguaje, en el orden simbólico, máscara, dirá Lacan, de la pulsión de muerte.

Sujeto del significante, sujeto de la falta, limitado por la marca del o(O)tro, angustiado por el reconocimiento de que el otro es un semejante- esto es, fallido como él mismo- empujado como él a relanzar su deseo siempre insatisfecho por esencia; expuesto como él a la caída, a la neurosis, a la muerte. Sujeto estructurado por su división que devendrá sujeto del deseo a través del reconocimiento mutuo, el reconocimiento del semejante y de su diferencia, a través de las dos operaciones lógicas de la alienación y la separación, dejando siempre un resto (a) (opuesto a lo totalitario) causa del deseo.

Ahí, a partir del reconocimiento mutuo, se instituye la culpabilidad inconsciente y la **deuda**; y también entonces la imposible tarea de saldarla. Tarea que no restañará la herida, siempre abierta, pero que abrirá las puertas a la creatividad, a la posibilidad de constituirse en tanto humano: de ser humano.

Los derechos humanos –en tanto imperativo de una ética- y no en tanto moral del ocultamiento-, implican el derecho a la vida y su correlato, el derecho a la muerte en tanto

propia, intrínseca a la vida misma. En oposición a esta aniquilación que el Poder dispone, pretendiendo borrar vida y muerte a la vez, con el procedimiento de la desaparición

Freud dice, en el marco de la primera guerra mundial: “*Hemos intentado **matar la muerte por el silencio**. Pues bien, esta actitud acerca de la muerte produce un fuerte efecto sobre la vida: la vida se empobrece, pierde su interés, cuando el precio máximo en el juego de la vida –que es la vida misma- no puede ser puesta en juego”. Y más lejos agrega: “...¿no sería mejor dejar la muerte en el lugar que le corresponde por derecho, y dejar aparecer en algo nuestra actitud inconsciente hacia ella, a la que hemos sofocado hasta ahora con tanto cuidado? Todo ello no parece ser una gran conquista pero tiene la ventaja de **dejar más lugar a la verdad**, y de esta manera hacer que la vida nos sea nuevamente soportable”. (Freud: “Sobre la guerra y la muerte”)*

Y Freud termina su artículo de esta manera: “*Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte*” .Esto puede parecer apocalíptico. Sin embargo es aquí justamente que el psicoanálisis tiene algo que decir. Y que no se malentienda; el alegato de Freud no está del lado de la muerte, sino del lado de la vida: ésta en tanto humana, es soportada por la muerte como límite, encontrando ahí la estructura de su humanidad⁶.

Freud describe el mito originario de la muerte del padre como estructurante a la vez del sujeto y de la cultura; muerte simbólica cuya inscripción -como culpabilidad inconsciente- es el fondo sobre el que la ley opera. Función estructurante de la castración simbólica, castración del sujeto y del o(O)tro. Castración que hay que entender como el límite que impone al hombre la entrada en el lenguaje como institución del intercambio social.

Pero –lo hemos mostrado más arriba- aquello que lo constituye como sujeto del significante y de la cultura –sujeto dividido, herido-, lo predispone a la búsqueda de la reconstrucción de una totalidad absoluta (cuya pérdida es imaginaria, ya que no ha existido nunca), totalidad cuya ilusión sería de sellar la herida; lugar imaginario en el que la ausencia y la muerte serían eliminadas.

Volvamos pues a Freud: en “La guerra –dice el artículo citado más arriba- *hace que en el interior de nosotros mismos se haga a la luz el hombre primordial. Nos fuerza a ser nuevamente héroes que no deben ni pueden creer en su propia muerte; nos señala a los extranjeros como enemigos. Una muerte que uno puede procurarse por sí mismo, e incluso*

⁶ Lacan, Le séminaire, Livre II, p. 372: “Ce qui se passe au niveau du symbole, se passe chez des êtres vivants. Il y a une donnée structurante, c’ est que les sujets sont incarnés”. (“ Aquello que sucede en el nivel del símbolo sucede en seres vivientes. Hay un dato estructurante, y es que los objetos son sujetos encarnados”).

desear. Ella [la guerra] nos aconseja de hacer caso omiso de la muerte de personas amadas”⁷.

Estas reflexiones no son aún suficientes para poder describir los daños psíqu-icos, que las particularidades de la guerra llevada por el terrorismo de Estado significaron ,como amenaza para la población. No fue suficiente negar el crimen.:

Matar y que no haya muerte. Hacer desaparecer; borrar, negar hasta la muerte misma. *Borrar las categorías del ser humano en sus dos vertientes de su existencia: la de la vida, la de la muerte, indisolubles.*

Desaparición de personas, de sus cuerpos, de sus nombres, de su existencia jurídica: N.N.; negar dos veces.

Desaparición y **desaparición de la desaparición.**

Nadie. Silencio. No nombrar. Si no se habla no es: “no sucedido”.

Esto lleva en análisis un nombre: “percluir” –lenguaje jurídico por otra parte-, es decir, no incluido en el orden de la ley; esto es, no incluido en el campo de la constitución del sujeto. Es la situación de la psicosis.

Crear en la “verdad” oficial es, pues, aceptar lo impensable. Y no creerlo, pero darle su apoyo, es ser cómplice de un montaje perverso. ¿Habrá sin embargo un espacio para escapar a esta alternativa siniestra?

La arrogancia del poder militar totalitario excluye toda ley que no sea la suya. Y la ley, las leyes de la justicia de los hombres ,aunque defectuosas, son sin embargo un límite que sujetaría el Poder a sus procedimientos . Mas, ¿es una ley la que el Poder omnímodo impone? ¿O bien es su autoridad, su autoritarismo, y la ausencia de ley? *Lo arbitrario de su autoridad que se erige como siendo la ley misma* Autoridad que se impone como “verdad”. Y se despliega, para presentarse como legítima, un discurso irracional, el de la “ética”... pero ¿cuál? ¿La razón del mas fuerte se da por una “ética”?... Discurso perverso, que no respeta siquiera las leyes del lenguaje, discurso que se pretende sin tacha, imponiendo callar, olvidar, no saber⁸.

⁷ Esto en cuanto a la guerra entre naciones -¿Qué decir entonces cuando la guerra es interna?-, y que el “otro” (que ha sido designado como el enemigo a aniquilar) es el otro muy prójimo, mi hijo, mi hermano marcado mortalmente por su diferencia en cuanto a las ideas. Es el problema del terrorismo, y sobre todo del terrorismo de Estado.

⁸ Cuando la visita de la C.I.D.H. que venía a investigar las violaciones denunciadas, se distribuyeron calcomanías que se veían en las vidrieras y en las ventanillas de los autos: “Somos derechos y humanos”.

Renegación de la realidad, de lo real, del traumatismo, de la verdad.

La articulación de los tres registros (Real, Imaginario, Simbólico))se halla amenazada. Lo Real-traumático- redoblado por la violencia del traumatismo, des-conocido- percluido-cierra la entrada a lo Simbólico y la sublimación se halla imposible. Es el reino de lo Imaginario, de la ilusión de poder y de autonomía. En verdad, es el reino de la esterilidad y de las “compensaciones”⁹. Grave problema es el del des-conocimiento : *no querer saber* de lo que duele, que horroriza .**Des-conocer**, adherir a la “verdad” que el Poder (que es impostura) propone o impone: **prestarle consenso es reforzarlo, sostenerlo, y en definitiva darle existencia y eficacia.**

Impunidad , Silencio....

Habíamos prometido centrar nuestra exposición sobre *los fundamentos subjetivos del poder.*

Más, en medio de este gran silencio, en esta inmovilidad, en esta saturación mortífera en la que no hay otro lugar para cada uno que aquel que el “orden” impone, **algo se mueve , abre un espacio** y empieza a circular.

Las “madres” hacen su aparición, reclaman sus hijos.

Un puñado primero; luego más numerosas. Otros se unen a ellas.

Jueves, 3 de la tarde. Todos los jueves...

Presencia y movimiento significativo, significativo de la ausencia.

El espacio pierde su saturación. El tiempo comienza a dejar su rastro.

Tomando a su cuenta el dolor, las madres hacen algo más que denunciar: indican, revelan. Revelan con su presencia y su movimiento que el Poder tiene sus grietas, y que el solo hecho de resistir al silencio y la inmovilidad ,de hablar o hacer halar –y también en ello de arriesgar su vida- pone seriamente en cuestión el poder.

La proposición de “orden” y silencio que configura la ilusión de poder, se ofrecía a todos como única verdad, como la verdad misma.

Terror, silencio, conformismo, despolitización; uno se refugió en las actividades “culturales”: el arte, el estudio, el teatro. Son espacios posibles, mas es también el riesgo de “saber” para no saber.

No pensar, y **sobre todo no soñar**. Esto sería exponerse a la pesadilla, a la re -petición, a la memoria, a la historia. Uno podía acomodarse...

⁹ Ver Freud, “El porvenir de una ilusión”.

Hubo también las “compensaciones”: la calma aparente -máscara del silencio-, e incluso, para cierta clase de sociedad, compensaciones materiales (“la plata dulce”).

La demanda había tomado el lugar del deseo obturándolo. El consumismo pareció dar sus satisfacciones.

Jueves, 3 de la tarde. Todos los jueves...

En la Plaza de Mayo, alrededor de la pirámide, las “madres” circulan. Llevan fotos, trazan siluetas humanas, escriben nombres, fechas.

Aparece la pesadilla, que logra despertarnos: son *fantasmas que hacen su aparición* denuncian y hacen visible lo invisible : *las desapariciones aparecen*. Los desaparecidos, sin rostros, o llevando el rostro de la desaparición¹⁰.

Espera, pero no pasividad ni violencia.

Circulación del deseo.

Efecto de interpretación, de remodelación de la realidad. Ya no será el mismo terror, algo ha cambiado.

Las madres reclaman sus hijos –**deseo y no pura demanda**–.

Deseo que no cesará de pronunciarse, de presentarse.

Deseo que insiste y que logrará vencer la barrera de silencio que amenaza al país y obliga al olvido. Es por fin, la posibilidad de **no olvidar**, de recuperar la historia, asumiendo el dolor, el horror y la responsabilidad.

Aparición de la memoria, las madres ofrecen a la población la posibilidad de saber, de conocer la verdad, de pensar a pesar de los riesgos¹¹.

Y la palabra triunfa. ...Extraño poder, el poder de la palabra, de ser capaz de oponerse a un poder tan terrible y absoluto que no permite otro código que el suyo.

El poder omnipotente y perverso es, sin embargo, puesto a descubierto, y se muestra impotente. **Si no se cree en él como absoluto el poder se agrieta**

Y más allá de lo que las madres dicen, más importante quizá que lo que dicen, está la importancia y la *fuerza del hecho de hablar*. La palabra, y la presencia de las madres

¹⁰ En ocasión de una marcha convocada por las madres, las paredes y las calles fueron tapizadas de siluetas vacías, tamaño natural, figurando hombres, mujeres embarazadas, niños, cada una con un nombre, una fecha, un lugar. Más tarde aparecieron máscaras sin rostro.

¹¹ A las “Madres” durante la dictadura se las llamaba locas. Por cierto esto era para algunos la ocasión de denigrarlas. Pero esto también dirá una verdad: locas, sí, a la manera del deseo, a la manera también de los locos de Shakespeare o del teatro clásico, que son aquellos que dicen la verdad cuando todo el mundo calla o ignora.

testimonia que la imposición de un silencio mortífero **no** es absoluta, solamente por el hecho de que se le des-obedece.

El Poder es absoluto sólo en lo imaginario. Esto es difícil de aceptar, pues **el poder es real en sus efectos**; pero su soporte es imaginario: la creencia lo sostiene en su absolutismo. Y su eficacia reside, no sólo en aquel goce absoluto de la dominación de los cuerpos y de los espíritus (por la coerción) pero reside también y se ve reforzada por el soporte que le proporciona el *consenso* -desde ya-, pero también el terror, el silencio, la pasividad, cuando no la fascinación

El problema del consenso es grave: consenso explícito o implícito. No sólo la aceptación consciente, pero también la creencia en el Poder, que paraliza. Los valores éticos de la población entera están en juego¹².

Un poeta decía: “*Dos cosas amenazan al mundo: el orden y el desorden*”.

Durante los años de la dictadura, “el orden” –la máscara del orden- ha amenazado nuestro país hasta el límite, trayendo con él el caos mayor que jamás hayamos atravesado.

No querer saber nada del horror, del terror, olvidar, hacer como si ello no existiera, o no hubiese existido, no darle en la historia el lugar de oprobio que le corresponde (percluirlo o desmentirlo: *vervenfung* o *verleugnung*) tiene su riesgo. *La estructura de la alucinación quizá nos diga algo: “aquello que no es admitido en lo simbólico, retorna en lo real”*.

Riesgo de retorno de un poder terrorífico, duplicado en lo real por un poder que subsiste sin mostrar plenamente su rostro, listo para retornar, si se “olvida” *lo real vivido, traumático, que dejó su marca en el cuerpo singular y colectivo sin poder ser simbolizado*.

El relato del horror no puede ser reducido al testimonio hablado del horror, negando quizá la realidad con el subterfugio de haber sido pronunciado. *No debe “pasar a la historia”, para poder transformarla debe abrir sus puertas; y cortar el camino al poder del terror: tanto al de las armas como al de la creencia.*

La insistencia de las “madres” no debe archiversarse.

Resistencia –no la única por cierto, pues hubo muchas otras, secretas, privadas o comunitarias-, que se ofreció **como una posibilidad de rescatar el símbolo**, más allá de los emblemas totalitarios que el poder ofreció de manera engañosa, a la demanda.

¹² Freud termina “El malestar en la cultura” de esta manera: “*La cuestión decisiva del destino de la humanidad es si su desarrollo cultural podrá alcanzar (y en caso afirmativo en qué medida) para dominar las perturbaciones de la ‘convivencia’ que provienen de la pulsión de agresión y de autoaniquilación*”.

En la brecha abierta por la insistencia de un deseo, algo circula, escapando a la inmovilidad y al silencio; el deseo recomienza su búsqueda. Se puede, si se escucha, conocer –con horror-, el horror.

En fin, poder no olvidar, recobrar la memoria. Y contribuir quizá a impedir que este poder terrorífico permanezca ahí, silencioso o ruidoso, **fuera y dentro** de cada uno, listo a retornar.

Buenos Aires, 1984.